

Libros para la vida

SEVE CALLEJA *

LIBROS PARA la paz, quiero decir, para la vida en paz, que es cuando realmente pueden leerse. Porque cuesta creer que el niño -o el adulto- iraquí o kuwaití de hace apenas un año, o el palestino de hoy en los territorios ocupados, o el yugoslavo, o ese otro..., buscarán refugio en los libros, cuando su refugio está en los sótanos, barricadas o túneles... Y es que en tiempos de guerra, la evasión se busca de otro modo: en la supervivencia, en el combate, en el resentimiento.

Con ser las guerras fuente inagotable de literatura, no parece que la literatura case con la pobreza y la miseria. No están el cuerpo ni la mente para libros, supongo.

Así llora en sus versos un joven angoleño llegado hasta nosotros desde un país en guerra hasta esta paz en la que lo ignoramos:

"Perteneciendo a la clase de los desarrapados,

habitando en suburbios

a los que no llega la electricidad,

buscando en calles sucias,

descalzo, sucio, roto y andrajoso,

vagabundeando sin ir a ningún lado, la vida me mató la mística esperanza de ser niño".

Cuesta creer que aquel niño del que

habla tuviera otros libros que el suyo propio para el desahogo. Recuerdo que, tiempo atrás, era Ana Frank la que, escondiendo su maldita segregación, fue redactando un diario que tantas claves ha dado a una "literatura de la guerra" como la que nos llega estudiada para el lector juvenil de nuestros

manera se trunca la inocencia del ir a clase, discutir con su hermana, soñar héroes... Y lo primero que se trunca en la novela es su ir a clase, que es donde un chico más y mejor lee.

Algo similar nos contaba Aldecoa con maestría en su "Patio de armas". Son tantos los ejemplos de esa literatura,

tantos "los niños de la guerra" que, de mayores, no quieren ni oír hablar de ella. Y, sin embargo, tales historias encandilan a los adolescentes: hay largos repertorios con la guerra como telón de fondo. ¿Será porque les gustan las "hazañas bélicas", porque les muestran la guerra como situación límite, próxima a la aventura y a las peripecias del relato iniciático? Seguramente es porque los leen desde una vida en paz, bien confortable, quiero decir.

Aunque no es muy seguro que haya una literatura especial sobre el tema por más que sí, que broten o rebroten en contextos como el del reciente conflicto del Golfo.

El "día internacional de...", de los Derechos Humanos, del Medio Ambiente, del Libro... son, si se quiere ver, aldabonazos.

Como la Nochevieja o el cumpleaños, donde no pasa un año, pasa un día. Sólo que un día... especial. Y si hay días especiales o libros especiales,



Angel Domínguez

días. Una de esas obras, por citar un ejemplo solamente, novela la existencia de un adolescente que vive en carne propia la ocupación alemana de Atenas y comienza narrando de qué

es porque llevan añadido el valor de la conmemoración. Sólo las guirnaldas y los focos nos impiden, a veces, reparar en los que se celebra. Y si en el libro hay algo que celebrar es el encuentro de quien habla y de quien escucha, la comunión de ideas y sentimientos en el lugar de encuentro que es el libro. Y un libro, por enseñar la vida cotidiana, la adorna muchas veces, la desfigura siempre, la imagina como autor y lector quieren que sea -casi nunca como es en realidad. La idealiza. La carga de valores.

He ahí la clave de una literatura infantil y juvenil, que se discuta o no, existe con identidad propia. Una literatura que, por mejor llegar a su destinatario, se le adapta en estilos y temas, se adecúa a la capacidad de su virtual lector de salir al encuentro del autor. Y éste, condicionado -y a pesar suya a veces- selecciona motivos y recursos que interesen a su destinatario. Es en esa selección donde asoman -seguramente como en toda creación humana- los valores, los grandes temas del amor, la ternura, el respeto, la igualdad... ¡y la paz!, que nos parece sencillamente la resultante de todos ellos. Porque si la Paz -como la Fe, el Amor, la Ecología y cualquier otra palabra con mayúsculas- es en definitiva una conquista, cualquier libro la lleva en sí adherida en sus últimas líneas al menos.

Desde los ancestrales cuentos tradicionales -literatura de primera instan-

Si en el libro hay algo que celebrar, es el encuentro de quien habla y de quien escucha, la comunión de ideas y sentimientos

cia a la que el niño no lector acude-, la situación inicial de carencia llevaba al héroe a auxiliar a la víctima, sorteando los escollos que el agresor del cuento -la bruja, la madrastra, los celos o la envidia- le sembraba a su paso. Y era entonces cuando un valor humano -la propia valentía, o le afán de justicia, o el amor...- actuaba a la manera de auxiliar, mandatario o acicate, y hacía llegar al héroe hasta el final feliz de todo cuento. ¿O no?

Nadie duda que es en aquellos cuentos del folclore ancestral donde reside la esencia del relato, esté escrito para

niños o adultos. No es de extrañar por eso que una novela -género juvenil por excelencia-, calque del viejo esquema narrativo una visión del mundo idealizada, un sueño de conquista cuyos logros han de acabar en paz.

Por eso todo libro viene a ser ecológico, pacifista y reivindicativo de valores humanos.

Sí hay historias de paz, de amor, de guerra, de odio... entre los libros escritos para niños y jóvenes. Pueden hacerse listas por edades, idiomas o niveles de aprendizaje escolar. Y son orientativas, sirven para orientarse entre la profusión de álbumes, series y colecciones que hoy ofrece el mercado. Pero un libro, cualquier libro, si es creación estética es un gesto por la paz.

Cuando se habla del niño y de su educación, los adultos tendemos a elaborar juguetes apropiados, libros apropiados, espacios apropiados. Son como las guirnaldas y los focos de los que antes hablábamos, y son decorativos, crean ambiente... Pero se nos olvida, con frecuencia, preparar adultos apropiados para la vida en paz. Y el adulto, ante un niño, es -ya sé que sueña a rezo- el espejo más claro, el juguete más serio, el libro más hermoso.

• **Seve Calleja** es profesor de Lengua y Literatura en el I.B. Miguel de Unamuno de Bilbao, escritor de literatura infantil y juvenil e impulsor de propuestas didácticas.

Algunos títulos

BOLLIGER, M.: *Enanos y gigantes*. Madrid: SM, 1986

Una fábula contra las armas

JANOSCH: *Yo te curaré, dijo el pequeño oso*. Madrid: Alfaguara, 1990

Una historia de animales solidarios

MERINO, J. L.; IBARROLA, J.: *El hombrucillo y el pájaro*. Bilbao: Mensajero, 1992

Una historia de amistad

MCKEE, D.: *Negros y blancos*. Madrid: Altea, 1985

Una fábula contra el racismo

ECO, U.: *Los tres cosmonautas*. Barcelona: Destino, 1989

De cómo es posible la convivencia

TORRENT, M.: *Los derechos del niño*. Barcelona: Lumen, 1989

Un manual muy práctico

WÖLFEL, U.: *Campos verdes, campos grises*. Salamanca: Lóguez, 1981

Un bello canto ecológico

DAHL, R.: *El grangigante bonachón*. Madrid: Alfaguara, 1991

Con las armas de la ternura

QUIROGA, H.: *Cuentos de la selva*. Madrid: Gaviota, 1990

Ocho relatos cargados de valores

ZEI, A.: *La guerra de Petros*. Barcelona: Empuries, 1991

La vida en tiempo de guerra

CALLEJA, S.: *Poly-Puy*. Madrid: Didascalia, 1990

La convivencia familiar entre hermanos

DEKER, M.: *El lago de la ballena*. Madrid: Debate, 1991

Un canto ecológico con Greenpeace

CANIZO, J. A. del: *Los Jibaros*. Madrid: Alfaguara, 1991

En lucha por la justicia social

HUGHES, M.: *La cazadora de sueños*. Madrid: Altea, 1990

El humanismo frente a la dictadura tecnológica

FRANK, A.: *Diario*. Barcelona: Plaza Janés, 1991

Todo un clásico contra la intolerancia

DICKSON, G. R.: *Soldado, no preguntes*. Madrid: Miraguano, 1989

Manifiesto contra las guerras

PEROL, H.: *Esta noche vendré tarde*. Barcelona: Ed. B, 1989

La cruda realidad en los campos de refugiados